

JOSE CASCALES MUÑOZ,
sociólogo extremeño del 98

POR

FRANCISCO ELIAS DE TEJADA

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

**JOSE CASCALES MUÑOZ, SOCIOLOGO
EXTREMEÑO DEL '98**

Por FRANCISCO ELIAS DE TEJADA
CATEDRÁTICO EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.

(Comunicación presentada a la Segunda Asamblea de Estudios Extremeños.—Cáceres, 1949.)

- 1.—El personaje y las obras.
- 2.—Contenido de su Sociología.
- 3.—Filosofía de la crisis liberal.
- 4.—La negación socialista del liberalismo.
- 5.—La negación tradicionalista del liberalismo.
- 6.—La solución: un gremialismo apolítico.
- 7.—Juicio crítico.

1.—En la paciente labor de búsqueda que es, en definitiva, la indagación científica, encuéntrase a las veces nombres que no alcanzaron los pináculos de la fama, ni siquiera merecieron una honrosa mención de relieve entre los de su generación; pero que, sin embargo, son dignos de posterior memoria, por cuanto acertaron a colocar acentos de novedad en el gris contorno que les tocó vivir. Son gentes a las que únicamente es dable acercarse con cariñosa evocación de erudito impenitente; pero cuyo comercio de lectura compensa con creces los ratos gastados en catalogar y valorar sus actos u opiniones. Es posible que alguno de esos seres, que pasan por la vida haciendo tabla rasa de todo aquello que no alcanzaron con sus manos, hallen tiempo perdido éste que se ocupó en averiguar figuras de relieve semejante; mas los que tenemos conciencia plena de que el pasado histórico no es simple cadena de montañas, empero también valles regados por ríos de arrastre múltiple, consideramos hasta necesario no olvidar estos seres menores, que, en la modestia de su medianía, hicieron suyos pensamientos razonables o fecundos.

Uno de esos hombres es José Cascales y Muñoz, venido al mundo en Villafranca de los Barros el 28 de octubre de 1865. Los detalles de su biografía acusan el tono medio, pero nunca mediocre, de una personalidad que, si carece de brillos, es rica en interés para el curioso de las letras. Estudiante en Badajoz y en Sevilla, mal estudiante, poco apegado a los libros, no alcanza el grado de Bachiller hasta cumplir los veinte años, licenciándose en Filosofía y Letras por la Universidad de Sevilla el 18 de noviembre de 1889. Vuelto a su pueblo natal en esta fecha, permanece allí ocho años, apenas cortados por un rápido viaje a Madrid para examinarse de las asignaturas del doctorado. En 1897, Alberto

Aguilera le otorga un destino en el negociado de la Prensa del Gobierno Civil, con carácter interino, que adquiere arraigo cuatro años después, cuando su buen amigo, el general Weyler, le proporciona un puesto permanente en la plantilla del Ministerio de Instrucción Pública.

Aprovecha esos años para acumular concesiones honoríficas y para escribir en los periódicos. El 12 de diciembre de 1898 se doctora en Filosofía y Letras, consiguiendo el propio año la consideración de correspondiente de la Real Academia de la Historia, y en 1902, el nombramiento de cronista de Extremadura. A la par no da de mano a la colaboración de la Prensa, siguiendo una vocación ya sentida desde sus años de estudiante, cuando en 1883 comenzó a emborronar cuartillas para el semanario sevillano "El Hispalense"; son numerosos los diarios nacionales y extranjeros en que puso su firma: "El cronista", "El posibilista", "El mundo obrero", "El comercio de Andalucía", "La Andalucía" y "El Noticiero sevillano", a las orillas del Betis; "El Imparcial", "El Nuevo Mundo", "La España moderna" y otros, de la corte; "Le monde libre" y la "Revue hispanique", en Francia; hasta la "Essener Allgemeine Zeitung" y el "Berliner Tageblatt", más allá del Rhin.

Por finales de siglo era un hombre de ojos grandes hasta desorbitados, afeitada la barba, con entradas de pelo inicio de calvicie precoz, bigotes retorcidos hacia arriba; en el retrato que sirve de contraportada a su libro "Sevilla intelectual" (1), editado en 1896, se le contempla de tal guisa, enmarcado en toga académica y ceñida al cuello corbata de plástion, a un cuello alto y duro, a la moda de la época.

Su actividad intelectual fué polifacética, abarcando los campos más diversos. Aparte de sus tareas de sociólogo, a las que luego me referiré en especial, tocó los asuntos más dispares. Como arqueólogo, descubrió y describió en 1888 un túmulo prehistórico existente en Canillas del Serrano, finca que su padre poseía en el término de Guillena, amén de componer una descripción vulgarizadora de la vida social y de la ordenación política del antiguo Egipto (2). Como poeta, sacó un libro de versos bajo el título de "Los primeros frutos de mi huerta" (3), a los que, con toda justicia, él propio calificó de muy malos. En cuanto crítico literario, redactó un manojito de libros de valía, entre ellos una historia de

(1) José Cascales Muñoz (Mathéfilo): "Sevilla intelectual. Sus escritores y artistas contemporáneos. Setenta y cinco biografías de los mejores ingenios hispalenses y un apéndice con estudios bibliográficos y críticos acerca de las obras de algunos que no han sido biografiados". Madrid, Victoriano Suárez. 1896.

Entre los biografiados incluye a varios extremeños: al duque de T'Serclaes, Juan Pérez de Guzmán y Boza (págs. 191-196); a su hermano, el marqués de Xerez de los Caballeros, Manuel Pérez de Guzmán y Boza (págs. 197-200); a José Sánchez-Arjona (págs. 247-252) y a Francisco Sánchez-Arjona (páginas 253-257).

(2) José Cascales Muñoz: "Los egipcios en la antigüedad. Su gobierno, su religión y sus costumbres". Barcelona, F. Granada y Cia., editores, S. A.

(3) José Cascales Muñoz: "Los primeros frutos de mi huerta (versos muy malos)". Sevilla, E. Rasco, 1897.

la cuerda granadina (4), una depuración de los versos pornográficos de Espronceda (5) y una biografía estimable del gran vate romántico (6). Como historiador del arte, merecen mención sus dos gruesos volúmenes sobre "Las bellas artes plásticas en Sevilla" (7) y su monografía acerca del pintor paisano Francisco de Zurbarán (8), y que mereció los honores de una traducción al inglés (9). Hasta en papel de informador de viajeros, dió a la estampa una guía del trayecto de Sevilla a Batalha (10) que hoy se nos antoja un mucho pintoresca. Madera de historiador la suya, abarca todos los sectores de lo histórico, dándonos estudios de historia local en lo referente a Villafranca de los Barros (11), de historia genealógico-cultural en la exposición de los méritos de los varones de su familia (12) y de historia general en su evocación de la epopeya de la guerra de la Independencia contra las huestes napoleónicas (13). Que era periodista nato, dicenlo sus colaboraciones en numerosos periódicos y aquel largo reportaje que es en último término su libro acerca del inmediato conflicto entre los Estados Unidos y el Japón (14), por más que en los planteamientos dramáticos e inminentes no demuestre grande olfato de sabueso de prensa (15). En lo que a su divulgación se refiere, su ensayo sobre la transmisión de las ideas entre los hombres pudiera

(4) José Cascales Muñoz: "Historia de la guerra granadina, contada por alguno de sus nudos. Apuntes para la misma". Madrid, Tipografía de la "Revista de Archivos", 1926.

Con una antología en las páginas 31-38.

(5) José Cascales Muñoz: "El auténtico Espronceda pornográfico y el apócrifo en general. Estudio crítico vindicativo, al que precede la biografía del gran poeta". Toledo, Imprenta Colegio Huérfano, S. A.

(6) José Cascales Muñoz: "Don Juan de Espronceda. Su época, su vida y sus obras". Madrid, Biblioteca Hispania, 1914.

(7) José Cascales Muñoz: "Las bellas artes plásticas en Sevilla. La pintura, la escultura y la cerámica artística desde el siglo XIV hasta nuestros días. Apuntes históricos y biográficos". Toledo, Imprenta del Colegio de Huérfanos de María Cristina, 1929.

(8) José Cascales Muñoz: "Francisco de Zurbarán. Su época, su vida y sus obras". Madrid, Fernando Fe, 1911.

(9) José Cascales Muñoz: "Francisco de Zurbarán. His epoch, his life and his works". Translated from the Spanish by Nellie Seelye Evans. New York. Privately printed, 1918.

(10) José Cascales Muñoz (Mathéfilo): "De Sevilla a Batalha. Excursión arqueológica e histórica, describiendo los pueblos más importantes por que pasa la línea Sevilla a Mérida y a Badajoz y los monumentos más notables de Portugal para servir de guía al viajero". Madrid, Fernando Fe, 1891.

(11) José Cascales Muñoz: "Apuntes para la historia de Villafranca de los Barros". Madrid, Fortanet, 1904.

(12) José Cascales Muñoz: "Sólo Dios es grande. El libro de los Cascales". Toledo, Imprenta del Colegio de Huérfanos de María Cristina, 1931.

(13) José Cascales Muñoz. 1807-1814: "Rasgos de nuestra epopeya (Episodios y personajes)". Madrid, Fernando Fe, 1918.

(14) José Cascales Muñoz: "Los Estados Unidos y el Japón. Estudio histórico-comparativo de estas dos naciones. Sus analogías y diferencias. Sus últimos triunfos militares. Monografías aisladas de cada una de ellas. El conflicto yanki-japonés. Sus antecedentes. Conducta de los políticos de ambos pueblos". Madrid, Imprenta Moderna, 1908.

(15) Creía que, antes de regresar a sus bases la escuadra americana, estarían las hostilidades; el libro termina con las siguientes cábalas: "¿Qué pasará antes de que la escuadra yanki regrese a sus propios mares? Los hechos lo dirán, cuando ya esté en poder del público este libro" (pág. 134).

servir de modelo sobre la manera de propagar conceptos generales en grandes masas de público (16). Finalmente, en el campo de la Sociología, o, si se quiere, de la Teorización política que Cascales entendía por Sociología, una larga cadena de ensayos, a veces con tamaño de libros, afirman la constancia con que el villafranqués abordó las temáticas sociales, más que sociológicas, del ambiente español del 98,

En todos estos escritos, esparcidos por sectores culturales tan diversos, repartió los frutos de su laboriosidad laudable. Juzgados objetivamente, están hartamente expuestos al blanco de la crítica, porque las fuentes extranjeras son manejadas sin criterio firme, porque los conceptos más se mezclan que se encadenan en la trama lógica, porque incluso aparecen con frecuencia opiniones desconcertantes por lo extemporáneas, porque la ingenuidad del hombre se filtra a través de sus pretensiones eruditas, porque una sonrisa en la boca del lector corta la disquisición más pretenciosa. Pero en conjunto denotan el manejo de condiciones que tornan afrentosa la figura de Cascales, pese a que siempre se la envuelva en su sonreír de comprensión. Sus prologuistas ya anotaron esas buenas cualidades: la modestia ejemplar en copiar citando, cosa siempre rara en los pedantes de cada día (17), su intenso patriotismo (18), su concienzuda prolijidad metódica (19), honradez de publicista que le abre de par en par las puertas de nuestra simpatía (20). Que no fué José Cascales el altisonante reproductor de vaciedades líricas tan abundante en sus días, sino, al contrario, un sereno meditador pertinaz y detallista, niño grande y maduro de las letras.

Muchos de sus defectos son suyos por serlo de su época. Del mismo modo que sonreímos con inefable estilo al verle denominar "veloz serpiente" al tren que sale de Sevilla a las seis de la mañana para llegar seis horas más tarde a Zafra (21), se nos antojan banales muchas de sus frases, sin contar con que en aquel entonces estaban dotadas de una efectividad, para nuestros abuelos sencillamente impresionante.

Juzguémosle como lo que fué, como un hombre de la generación del 98, que nace por los mismos años que Ganivet y que Una-

(16) José Cascales Muñoz: "La palabra y sus manifestaciones. Origen y desarrollo del lenguaje articulado de la escritura, de la imprenta, de la litografía, del telégrafo, del teléfono y del fonógrafo". Madrid, Bailly-Baillière, 1899.

(17) Así le juzga Manuel Zabala y Gallardo en el informe que, en su calidad de secretario general de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, emitió a 4 de diciembre de 1926 sobre el libro "Las bellas artes plásticas en Sevilla". Cita al tomo I, pág. 11.

(18) Así opina su traductora Nellie Seelye Evans en el "Sketch of the author's" que precede a la edición inglesa del "Francisco de Zurbarán". Vide la página XVIII.

(19) Juicio de J. Ortega Munilla en el prólogo a "Rasgos de nuestra epopeya", pág. 6.

(20) "Simpático publicista" le califica Ricardo Becerro de Bengoa en la página 7 del prólogo a "La palabra y sus manifestaciones".

(21) José Cascales Muñoz: "De Sevilla a Batalha", 9.

munos, sin el talento superior de éstos, perdido en un ambiente de irremediable chabacanería, lanzado a la tristeza del desastre colonial, ansioso de hallar salidas a la decadencia española. Mérito suyo fué, y muy grande, no hundirse en el derrotismo de un Luis de Morote, mas ni siquiera ofuscarse en europeísmos liberales cual sucediera al talentado Joaquín Costa. Por encima y por debajo de sus, al fin y al cabo, inocentes infantilidades, late una pasión de laboriosidad y un irrefrenable acento español que choca con la gris neblina del horizonte patrio. Laboriosidad y patriotismo que son los dos pilares de sus abigarrados escritos sociológicos y la causa de que hoy le recordemos con simpatía abierta y confesada.

2.—Con haber escrito sobre materias múltiples, José Cascales guardó especial predilección para el análisis de los problemas políticos y sociales. Una serie de libros amojonan los pasos de esa predilección intelectual: “La confederación de las clases”, en 1894 (22); “El obrero y la esclavitud” (23) y “El problema político al inaugurarse el siglo XX”, en 1902 (24); los dos volúmenes de la “Sociología contemporánea”, en 1912 (25); la “Democracia colectivista”, años después (26). Llevado de esta misma afición, fué él quien inició los estudios sociológicos entre nosotros con carácter universitario, profesando un curso libre de Sociología en la Universidad de Madrid en 1898, bien que al crearse la cátedra oficialmente en el quinto año de estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, fuese provista por concurso de méritos en la persona de Manuel Sales y Ferré, catedrático que era en la Universidad de Sevilla (27). Dolióse mucho Cascales de semejante procedimiento de provisión de la cátedra que así le apartaba de la docencia de los temas de su gusto, e incluso en alguna parte lo censuró en violentos tonos (28); pero vistas las cosas con la objetividad que

(22) José Cascales Muñoz (Mathéfilo): “La confederación de las clases. El programa de un nuevo partido”. Madrid, Hijos de M. P. Hernández, 1894.

(23) José Cascales Muñoz: “El obrero y la esclavitud. Su historia”. Madrid “La Irradiación”, 1902.

(24) José Cascales Muñoz: “El problema político al inaugurarse el siglo XX. El régimen parlamentario y el funcionarismo”. Madrid, Victoriano Suárez, 1902.

(25) El primero se titula “Sociología contemporánea. Los conflictos del proletariado. El movimiento social contemporáneo. Por qué, cuándo y cómo ha nacido el problema obrero”. Madrid, Imprenta de “Alrededor del Mundo”, 1912.

El segundo se titula “El apostolado moderno. Estudio histórico-crítico de el socialismo y el anarquismo hasta terminar el siglo XIX”. Barcelona-Madrid, F. Granada y Cía.

(26) José Cascales Muñoz: “Democracia colectivista. Lecciones de sociología sobre una nueva política a la antigua española calcada de la que hoy siguen los partidos más radicales”. Madrid, Sociedad Española de Librería, S. A.

(27) A 8 de noviembre de 1897 dirigió al rector de la Universidad de Madrid solicitud para explicar una cátedra libre de Sociología, obteniendo permiso a 14 de junio de 1898 e inaugurándola el 26 de octubre del propio año. Pero el ministro Germán Gamazo sacó a concurso de mérito la que creara a 30 de septiembre, con lo cual Cascales quedó prácticamente sin ella.

(28) “Esta injusticia—dirá—que me hirió en el alma y me privó de seguir dando, en la cátedra de mi predilección, las conferencias de cuya calidad pueden informar los oyentes que tuve”. En “El problema político al inaugurarse el siglo XX”, 150.

dan cincuenta años de tiempo, ha de reconocerse que no había manera de cotejar sus méritos con los de Sales Ferré, porque ambos profesaban de los temas sociológicos conceptos diametralmente contrapuestos.

En que Sales y Ferré concebía a la Sociología según los cánones científicos del positivismo imperante, como la ciencia que se ocupa de investigar los orígenes de los grupos y condiciones de vida colectiva, perdiéndose en reproducir las teorías patriarcales y matriarcales, junto con las demás zarandajas que entonces constituían novedad; mientras que para Cascales la Sociología venía a ser una disciplina enderezada a averiguar las causas y remedios de las crisis económicas y sociales que ya entonces agitaban las sociedades europeas en el ciclo de su conformación capitalista. Aquél repetía las teorías de Bachofen o Mac Lenan, en tanto que éste refería la evolución de las ideologías socialistas y anarquistas. El catedrático sevillano preparaba sus lecciones en monografías extranjeras, cargadas de nombres de sonido extraño y asentadas en observaciones de pueblos exóticos primitivos, al par que nuestro paisano iba a adquirir noticias en los cenáculos revolucionarios, leyendo los libros de los debeladores de la máquina social vigente, citando a Marx y a Bakunin con preferencia a Westermack o a Spencer. Para uno la Sociología era la ciencia erudita al uso en las cátedras extranjeras; para el otro, el análisis práctico de la revolución que amenazaba. Sales obraba con criterio de profesor; Cascales con miradas de periodista leído. Era imposible comparar sobre el mismo pie dos concepciones tan dispares sobre cuál fuese el contenido de las explicaciones pertinentes a una cátedra de Sociología.

Cascales insiste en algún pasaje en que su concepto de la Sociología no tiene nada de común con la jerigonza que se explica en las universidades (29). Con un ejemplo pintoresco nos dirá: "Para mí es más sociólogo el padre de Sesostris, haciendo educar al lado de éste a todos los niños de las distintas clases sociales de Egipto nacidos el mismo año que él (con el fin de rodearlo de futuros generales y de escribas que, desde la infancia, lo empezasen a amar), que esos respetabilísimos señores que se pasan los cursos en disquisiciones metafísicas o exponiendo como verdades inconcusas las absurdas teorías del hetairismo, el matriarcado, etcétera, etc., en vez de adiestrar a los alumnos en el examen de los hechos que ofrece la vida con toda la fuerza de la realidad; porque, mientras el padre de Sesostris, en una época en que los egipcios transformaban la existencia nacional (agitándose en luchas interiores parecidas a las que entablan los españoles con frecuencia), conjura la tormenta desde que da a conocer su iniciativa y consigue ligar estrechamente a la suerte de la Monarquía la de casi todas las familias, altas y bajas, de los distintos bandos hasta en-

(29) "Democracia colectivista". 11.

tonces perturbadores, los catedráticos en cuestión sólo consiguen llevar al ánimo de los discípulos el convencimiento de que su particular asignatura no sirve para nada. Pues a mi humildísimo juicio, la Sociología equivale, o debe equivaler, para las sociedades humanas, a lo que la Medicina para los individuos, y, si no estoy equivocado, su principal misión ha de ser investigar hasta descubrir las verdaderas causas de los vicios y enfermedades sociales, con el objeto final de que, una vez descubiertas, les pueda ser aplicado el remedio..." (30).

Por eso, cuando acudió a los libros de los que él, con su pintoresquismo continuo, llama polígrafos en lugar de eruditos, sacó la convicción de que había perdido lamentablemente el tiempo (31); así que, para documentarse en materias sociológicas, juzgó lo más oportuno inscribirse en el partido socialista, afiliándose en 1893 a la Sociedad de encuadernadores El Libro, de Madrid (32).

No concede importancia a las teorías abstractas y cuando ha de aludir por fuerza a ellas se limita a copiar páginas enteras de alguno de los tales despreciados eruditos (33), reduciendo sus aportaciones propias a mostrar cómo los teóricos no aciertan siquiera a ponerse de acuerdo entre sí (34). Lo que echa de menos en semejantes maneras científicas es la inutilidad práctica, el no hincar en la problemática colectiva lo que llama haber profundizado las causas ocasionales sin haber llegado a investigar las eficientes (35).

Con tal mentalidad y armado de unas armas de lógica primordialmente pragmática, más que doctrinario sociológico, Cascales es observador de movimientos sociales. Obsesionado por los acontecimientos que culminaron en los desastres patrios del 98, sus construcciones no son frías disecciones de gabinete, sino terapéutica curadora de la agonía del país. Sentido realista e inmediato de lo que sea una sociología atenta al giro de los acontecimientos tanto o más que a los esquemas de las doctrinas.

(30) "Democracia colectivista", 12-14.

(31) "Los conflictos del proletariado", 19.

(32) "Los conflictos del proletariado", 21.

(33) Así, por ejemplo, en "Los conflictos del proletariado" copia literalmente trechos del "Tratado de sociología. Evolución social y política. Segunda parte". Tomo primero. Del hetairismo al patriarcado (Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1894), de Manuel Sales y Ferré, según el siguiente cuadro:

En las páginas	84-86	transcriben las páginas	13-16	de Sales y Ferré.
"	86-87	"	17-18	"
"	87-89	"	19-21	"
"	89-90	"	22-24	"
"	90-91	"	25-26	"
"	91-92	"	31-32	"
"	92-95	"	39-43	"
"	95-96	"	43 nota 1	"
"	96-97	"	82	"
"	97-99	"	164-165	"

(34) "Los conflictos del proletariado", 105.

(35) "Los conflictos del proletariado", 34-35.

3.—En construcción de tal guisa planeada campea por base central el sentimiento de la crisis, invadiendo cada una de sus teorías con la sensación de una angustia a la que, por encima de todo, pretende encontrar cabal explicación. La sintió ya de adolescente durante sus años de estudios en Sevilla, con un dejo de personalísimo dolor, al entender al universo y al drama humano de la caída que trae aparejado el sufrimiento, como un inasequible afán de inasequibles infinitos; es aquella poesía, casi nietzchiana, en la que increpa a Dios preguntándole por su dolor, con un tono parejo al que empleará luego su razón para resolver el enigma de la crisis colectiva.

“¿Con qué idea, gran Dios, hiciste al mundo,
y qué fin con nosotros te llevaste,
donde se pasa en un dolor profundo
a este suelo escabroso nos mandaste,
donde se pasa, en un dolor profundo,
la corta vida que al mortal marcaste?”

Si algún hombre pecó por su flaqueza,
¿por qué pagar nosotros la torpeza?” (36).

Todo lo que él llamará su sociología no pasará de un transplantar al plano social con criterios de interrogación racional esa dimensión de curiosidad con que inquiría teológicamente las causas del mal del mundo en sus años juveniles. Y así su pensamiento no tendrá otro punto de partida que el gran fracaso de la pomposa revolución de 1789.

A sus ojos, la revolución francesa engendró el egoísmo, llevándolo a los extremos más radicales. La prometida libertad política concluyó en la esclavitud económica; la igualdad de derechos, sin igualdad de condiciones económicas, fué humillante servidumbre; la fraternidad fué realmente competencia despiadada; el capital sustituyó a la sangre; el abandono del débil fué el eslabón último de la cadena de inconsecuencias revolucionarias. La crisis, resumirá Cascales, “dió sus primeros pasos al disolverse los antiguos gremios, al encontrarse el obrero aislado, en medio de una sociedad que lo abandonó a sus propias fuerzas. Y al sentir la necesidad de volver a unirse a sus compañeros en formas nuevas para la nueva lucha, y tomó cuerpo y adquirió robustez al ponerse al frente del proletariado Carlos Marx y Federico Engels” (37).

Fracaso para el cual encontraría dos sucesivas salidas: la revolución marxista y la ordenación gremial. En ambos casos, fué mérito de José Cascales acertar en la consideración de la crisis del liberalismo; en cambio, fué yerro suyo no conseguir discriminar con precisión los elementos marxistas de los elementos tradiciona-

(36) “Los primeros frutos de mi huerta”, 70.

(37) “Los conflictos del proletariado”, 292.

También, 59-60.

les que se ayuntaban en su postura de superador del vacío liberalismo del 89. De ahí que, si su visión sociológica acierta en lo negativo, venga a dar en nebulosidades en la parte positiva de la construcción.

Por lo cual, nuestra tarea de críticos consiste en puntualizar los aciertos de su crítica de la revolución y en separar los ingredientes marxistas y tradicionales de su pensamiento. Verificado lo primero, corresponde ahora analizar sus logros constructivos.

4.—En un primer momento deslúmbrale la ideología socialista de los discípulos de Marx. A veces, su crítica del liberalismo está formulada en las mismas palabras que utilizaban los propagandistas rojos (38), con toda la virulencia terminológica y con todo el nervio dramático propio de manifestaciones de esa índole. Y tanto se llenó de fórmulas de color marxista que a lo largo de su vida las repite, incluso cuando ya superó éste su primer momento de curioso por las doctrinas de la revolución social.

Puramente materialista es su concepción de la patria. Para Cascales, patria no implica sentimiento de emoción colectiva ni siquiera cauce de unificación cultural, sino escueta unidad económica. “Las patrias no son ya otra cosa que sociedades mercantiles” (39), dirá, con ecos revolucionarios, para concluir al cabo que carecen de razón de ser, por no pasar de un instrumento de opresión de los pobres por los ricos. Nacionalidades económicas (40), las guerras se justifican por motivos estrictamente económicos, y la mejor manera de preparar a los soldados sería la de hacerles ver las ventajas e inconvenientes de la victoria o derro-

(38) Véase, por ejemplo, el siguiente pasaje de “La federación de clases”, página 3: “En el fondo no puede ser más moral e igualitaria la teoría predicada por los apóstoles del socialismo; y, en cambio, si ya estuviéramos gozando de los principios que sustentan, nos parecería absurdo e inconcebible el que hubiera existido un período de la historia en que unos hombres vivían (como hoy ocurre), a pesar de la civilización, en la miseria y matándose de (sic) trabajar, mientras otros gozaban de todos los placeres imaginables con el producto del trabajo realizado por aquéllos.”

(39) “Las patrias no son ya otra cosa que sociedades mercantiles a cargo de los potentados, quienes pasan de unas a otras, como varían los comerciantes de razón social. Y el amor a la patria no es hoy más que el cariño al pueblo natal, por los recuerdos que conserva de la infancia, por reposar en él las cenizas de los antepasados y por tener el lenguaje común con los demás vecinos, como el carácter, la historia y, con frecuencia, el porvenir. Pero ya no van a la guerra los propietarios, sino los desposeídos. Los que nada tienen en el territorio son los encargados de defenderlo, y si alguno se niega a ello, o deserta de las filas, es fusilado por traición a la patria, en tanto que los poseedores, confundiendo más que nunca la patria con la propiedad, con sus riquezas, cuando temen que éstas corran peligro, hacen traición a aquélla, sin miedo a ser fusilados, ni tan sólo a que se censure su conducta, tomando carta de naturaleza en otro país, quizá enemigo del suyo, como, por ejemplo, los españoles de Cuba en los Estados Unidos, para poner a salvo sus intereses y exigir fuertes indemnizaciones en el caso de que sean profanados. Mas si para los ricos la patria es el universo, porque en todas partes están sus caudales garantidos, para los pobres tiende a serlo también, porque en todas partes son igualmente explotados; y a borrar las fronteras de hoy, y a unirse para la emancipación común, tiende el proletariado de todas las naciones desde que se creó la Internacional.”

“Los conflictos del proletariado”, 55-56.

(40) “El problema político al inaugurarse el siglo XX”. 211.

ta, explicándoles el carácter de la producción de los pueblos beligerantes en lugar de evocar vaguedades sentimentales emotivas (41).

Como asimismo está tarada de materialismo histórico su visión del Derecho. Que el Derecho positivo sea resultado de la fuerza es cosa paladinamente sustentada; para Cascales, así como en el pasado la ley era voluntad de los guerreros vencedores, hoy es norma que en propio beneficio dictan las clases privilegiadas; no correspondiendo a la filosofía del derecho otro papel que la triste y menguada tarea de consolidar los sucesivos estados de conciencia por los que va pasando la humanidad (42). Y es que no sólo la ley positiva, sino hasta aquella justicia que parece debiera ser incommovible, fluctúa a tenor de las mutaciones de la historia, de tal manera que, para Cascales, "el derecho se basa en la fuerza; antes se basó en la fuerza bruta, hoy en las mayorías conscientes" (43). Ni aun el Derecho natural es permanente, dependiendo de la manera de ser de cada pueblo (44). Con tal radical negación de la objetividad de lo justo, con tan patente reducción de lo jurídico a lo fáctico, que en su mezcolanza de Gumplowicz con Marx topamos una de las más tajantes historificaciones del derecho que se hayan dado en el pensamiento hispano.

Otra clara faceta de cómo habíale penetrado las esencias marxistas es su concepto del cambio social. Cascales niega que todo pueda resolverse con una alteración política ni con el tránsito de la monarquía a la república en la jefatura del Estado; antes estima que tal cambio no contentaría a nadie, porque lo que se precisaba era la mutación del orden económico (45).

Y como el orden actual es imperfecto, tal mutación vendrá forzosamente. Cascales la contempla, muy a lo marxista, como ilusionada meta apetecible, seguro además de su ineludible advenimiento. "Por irrealizable que a primera vista parezca—escribía en 1894—el programa del partido socialista obrero, es indudable que la revolución social no dejará de efectuarse dentro de más o menos tiempo, e indudable es también que el estado de cosas que sustituya al presente será mejor para todos y bajo todos conceptos" (46). Idea que le acompaña siempre. En 1902 decía que no es posible resolver el problema obrero sin la destrucción del sistema de producción capitalista (47), al paso que dos lustros después todavía aseveraba que el término de la actual evolución social no es otro que el comunismo (48). Su ciega fe en el progreso, creencia dogmática del siglo sin dogmas que fuera el XIX, exigía una marcha continua en los avatares humanos; y porque profesaba

(41) "El problema político al inaugurarse el siglo XX", 185.

(42) "Los conflictos del proletariado", 46.

(43) "Los conflictos del proletariado", 45-46.

(44) "Los conflictos del proletariado", 47.

(45) "Los conflictos del proletariado", 69.

(46) "La confederación de las clases", 3.

(47) "Los conflictos del proletariado", 281 y 283.

(48) "El apostolado moderno", 329.

la continuidad del progreso, aun a costa de los cadáveres de civilizaciones enteras (49), su filosofía de la historia es el optimismo de un ideólogo afanoso de quimeras.

Así la ideología marxista es aceptada por José Cascales como superación del liberalismo decadente y flojo, aceptando de ella muchos puntos capitales; mas con una aceptación en la que hay mucho del atropello inconsciente, ya que se alía con una fuerte dosis de pensamiento tradicionalista, en extraño maridaje cuya sola explicación pudiera ser la de que aquello que le preocupó fué negar las tesis liberales.

5.—Más sólida, más coherente y más cerrada es la manera en que José Cascales considera la negación tradicionalista del liberalismo, por más que aparezcan más explosivos e hirientes algunos pasajes donde conste su recepción marxista.

Ya coincide con los escritores tradicionalistas en afirmar que en el fondo de la crisis social serpea una crisis religiosa y que la pérdida de la fe en las masas fué causa de su adscripción a los movimientos revolucionarios. Son numerosos los trechos en que repite esta idea de puro cuño donosiano (50), de tal manera que, tras leerle, parece la tomara con pasiones de obsesión. Hasta cobra el tono de grandeza dramática de Donoso cuando se refiere a estas cuestiones y se pregunta: "Si la forma social no es inmutable, ¿por qué no transformarla a gusto de los descontentos? Si el matrimonio no es institución divina, ¿por qué no ha de imperar el amor libre? Y si la propiedad tuvo su origen en una usurpación, ¿por qué no expropiar a los actuales poseedores" (51).

De donde considera la grande importancia de la restauración del factor religioso para la solución del problema social; y como el liberalismo había cooperado a debilitar las fuerzas de ese factor religioso en la vida colectiva, José Cascales levanta contra el liberalismo la más dura de sus críticas, acabando por adherirse a las tesis de Félix Sardá y Salvany y declarando que el liberalismo es sencillamente un pecado de herejía. En "El problema político al inaugurarse el siglo XX" cita ampliamente al presbítero catalán e incluso ataca directamente a los grupos de "mestizos" o católicos liberales, que venían a ser para aquel entonces lo mismo que los demócratas cristianos vienen a ser hoy: los equilibristas del oportunismo político (52).

Tanto llegó a penetrarse de las tesis tradicionales y tanto llegó a creer era importante el factor religioso en la vida colectiva, que hasta la unidad religiosa le pareció cosa necesaria. Hasta el extremo de que los protestantes en España eran a sus ojos permiti-

(49) Vide, para entender su idea del progreso incontenible, las consideraciones, un tanto pintorescas, con que concluye "Los egipcios en la antigüedad", página 141; así como "Los conflictos del proletariado", pág. 144.

(50) Por citar solamente "Los conflictos del proletariado", la reitera en las páginas 41, 77, 129-130, 171 y 293.

(51) "Los conflictos del proletariado", 129-130.

(52) "El problema político al inaugurarse el siglo XX", 23-27.

traidores en potencia, atacando al liberalismo por haber permitido la ruptura de la unidad de fe, máximo ingrediente para la coherencia nacional y máximo dato para el bienestar común (53). Ni más ni menos que su apología de los grupos militares, en hora en que tan acerbamente eran combatidos, sella su simpatía por los viejos ideales del tradicionalismo antiliberal (54); o que sus deseos de cortar la libertad de Prensa, sujetándola a tribunales de honor y a sanciones graves (55); o su enemiga a los partidos políticos como sistema de gobierno (56); o su definición de la farsa canovista como autocracia ministerial (57); o su demostración de las causas de la incapacidad de los gobernantes en el universal nepotismo (58); o la manera rotunda en que define al liberalismo cual la negación de la libertad (59); o sus ataques a los abusos en la libertad de cátedra (60); o su achaque de que la libertad liberal es simple libertinaje (61), etc., etc. Son tantos los extremos en que José Cascales hace suyos en el contenido y en el vocabulario los gestos violentos de la polémica antiliberal de los escritores carlistas, que bien pudiera tomársele por un teórico de la Tradición de no atenernos más que a esos párrafos. ¡Si se adentraba tanto en esos grupos que su visión del Estado como regulador de entidades sociales autónomas parece tomada de los viejos arsenales de la Tradición! La monarquía federativa parece ser la única fórmula en que plasmar en realidades aquella su idea

(53) "No obstante, en el terreno político, debo hacer constar que la unidad religiosa es uno de los lazos más fuertes que se conocen de la unidad nacional (sobre todo, en los países como el nuestro, donde no existe el de raza, es débil el de la lengua y aún no se ha llegado a constituir el económico), y la libertad de cultos uno de los flancos más patentes por donde atacar y asaltar las murallas de la más fuerte nación. Esos portillos que, cegados por la pasión y por el espíritu de bandería, hemos abierto en los muros de la unidad nacional española están dando ya su fruto. Es muy hermoso eso de la libertad de conciencia; mas véase lo que pasa en España misma... Por eso los protestantes ingleses han sabido utilizar nuestra tolerancia religiosa para invadir, no ya las cercanías de Gibraltar, sino regiones tan distintas como Galicia y la provincia de Zamora. Ganadas las conciencias y despertadas las simpatías que son naturales hacia los que tienen la misma religión, en el caso de una guerra anglo-española no es difícil presumir la actitud de las regiones mencionadas hacia sus hermanos de creencias, aunque sean miembros del ejército invasor".

"El problema político al inaugurarse el siglo XX", 36-37.

(54) En "El problema político al inaugurarse el siglo XX", págs. 43-44, se lamenta de que el militar sea mal pagado y visto con antipatía, siendo "la suya la misión más digna".

(55) "El problema político al inaugurarse el siglo XX", 72 y 212.

(56) Recuérdese cómo difiere de las soluciones propugnadas por Joaquín Costa, en "Democracia colectivista", 44 y 61-70.

(57) "El problema político al inaugurarse el siglo XX", 14-15.

(58) Pues "que necesitando los ministros asegurarse mayorías en ambas cámaras, sólo dejan que lleguen a ellas sus deudos y protegidos más adictos, llenándolas de vividores y de ineptos y cerrándoles las puertas al talento y al mérito personal; a lo cual obedece la carencia de grandes hombres públicos, que se viene observando". En "El problema político al inaugurarse el siglo XX", 212-213.

(59) "El problema político al inaugurarse el siglo XX", 23.

(60) "El problema político al inaugurarse el siglo XX", 29.

(61) "El problema político al inaugurarse el siglo XX", 28-29 y 212.

de "que todos los organismos del Estado deben recabar la necesaria autarquía para todos los asuntos de su régimen interior" (62).

Ciertamente que parecerá anómalo leer en los escritos de Cascales tales cosas, después de haberle contemplado sosteniendo notas de estridencia típicamente marxista. Pero es que no fué precisamente la coordinación sistemática su cualidad más relevante, ni tuvo nunca la destreza elaboradora de nociones maridadas. Escribía sin orden y con bríos; guerrillero de las letras, propúsose asaltar los torreones del liberalismo del 1900, y verdad que puso en el empeño entusiasmos y rudeza. Pero, en su afán de acumular armas, acudió a procedencias bien distintas; y así, su crítica, martilleante siempre, golpea con variado razonar. Falto de formación filosófica, más rico de tesón que de claridades mentales, aguerrido de entusiasmos pero débil de iniciativas, su empresa fué a un tiempo desigual y desordenada. A lo lejos, en la perspectiva en que hoy la juzgamos, fué más alarde que efectividad, abigarrada gritería que machacona trabazón de ideas. Por eso se ayuntan en disforme modo al conjuro inquieto de su pluma, cosas tan dispares como la revolución marxista y la temática española tradicional, sin otra justificación que la que les dan los fueros del apasionado desorden con que José Cascales negó vigencia a las ideologías del liberalismo.

6.—De la confusión de montañas brota, al cabo, una idea precisamente concebida: la de que el régimen liberal de políticos sea sustituido por un régimen funcional de técnicos, que Cascales define como "aquel en que desde el primer ministro hasta el último escribiente no pertenezcan a ningún partido sino a la nación, y en que dejen de tener prerrogativas y de ser hombres políticos para no ser más que técnicos, funcionarios públicos y nada más que funcionarios públicos, inamovibles; pero responsables, verdaderamente responsables, de todos sus actos; no volviendo éstos a legislar como hasta hoy, por sí y ante sí, de una manera más o menos disfrazada, para que sea el pueblo quien legisle de verdad, mediante sus representantes en las Cámaras, sin consentir la dirección ni la intervención de ningún oligarca" (63). Así definido, constituye la negación del liberalismo en el plano político, al mismo tiempo que su medicina sanadora de la crisis del 98 en el terreno histórico, bajo los nombres de funcionarismo (64) y de democracia colectivista (65) que le da; es su receta, la receta que en el bolsillo llevaron para España todos los hombres de su generación. Cuanto estudió de sociología, o mejor de lo que él entendía por sociología, se encuentra aquí condensado en drogas capaces de aliviar su desesperada esperanza de español dolorido. En la fórmula del funcionarismo, transcripción adelgazada del

(62) "El problema político al inaugurarse el siglo XX", 214.

(63) "El problema político al inaugurarse el siglo XX", 3.

(64) "El problema político al inaugurarse el siglo XX", 1-3.

(65) "Democracia colectivista", 102.

“más administración y menos política” entonces tan en boga, se halla el ápice de las aportaciones de José Cascales.

Como puede verse, céntranse en él dos líneas diferentes: la línea histórica del fracaso patrio y el afán tesonero del estudio. La primera genera una solución para la decadencia de España; la segunda da de sí un sistema enemigo del liberalismo entonces dominante. Por aquélla se empareja con sus contemporáneos trágicos y heridos, profetas de una ruina y curadores de una agonía: con los Joaquín Costa y los Angel Ganivet, con los Miguel de Unamuno y Ramiro de Maeztu; por ésta se relaciona con cuantos, dentro o fuera de España, propugnaban un reajuste del mecanismo liberal, desde los guildistas ingleses a los sindicalistas sorelianos y a los tradicionalistas españoles.

No era José Cascales hombre de primera línea, y por eso su ideario queda turbado con los grises de lo borroso; pero supo ser hijo de su tierra y de su tiempo, elaborando una amalgama en la que hay muchas cosas apreciables.

Tan resuelto en el fondo como inconstante en las realizaciones. A fuer de hombre de estudio, carece del rigor necesario para planear al detalle los procedimientos con que llevar a cabo el cambio defendido. Mientras que en las conclusiones de “El problema político al inaugurarse el siglo XX” (66) y en muchas partes de la “Democracia colectivista” (67), postula una serie de reformas paulatinas, en virtud de las cuales, insensiblemente, se pasaría de la representación individualista a la representación por clases y a la desaparición del régimen de los partidos políticos, en otros sitios afirma que semejante mutación sólo puede venir cuando la espada de un “dictador eminente” corte los nudos de las intrigas electoreras (68). Nueva indecisión en la que rebrota una vez más el signo inconstante y turbio que caracterizó su falta de fijeza como hombre de letras.

7.—Entre los muchos campos que arara con su pluma, el propio José Cascales Muñoz opinó era en el de la sociología en donde habría de alcanzar su más granada sementera. Los libros de mayor alcance entre cuantos escribió se refieren a la consideración de los fenómenos sociales en general y al diagnóstico de la crisis española en particular, mostrando siempre una dedicación incontentida a los estudios de los movimientos revolucionarios, a las causas que los engendran, a las metas a que caminan y a las soluciones con que pudiera irseles a la mano. Erró, ciertamente,

(66) Véanse las conclusiones 9.^a y 15 de “El problema político al inaugurarse el siglo XX”, págs. 213-215.

(67) Sobre todo a las págs. 15-16.

(68) La frase consta en “El problema político al inaugurarse el siglo XX”, página 172.

En el mismo sentido reitera, a la página 105, que “al egoísmo individual hay que oponer el interés colectivo, y a la jerarquía de los caciques la jerarquía de los prestigios; mas dada la impotencia y dado el indiferentismo de las masas, esto sólo puede hacerlo hoy un dictador”.

en creer que lo que él producía era auténtica sociología; sus tareas dan más en la ciencia política que en la ciencia sociológica propiamente dicha, bien que se haya de reconocer es hartó borroso el amojonamiento entre sus campos respectivos; pero acertó, y acertó de lleno, en su estimación de los males nuestros, en la desconfianza respecto de las soluciones liberales, en el afán remozador de la charca política del 76, en la aspiración de fórmulas en grande parte bien atinadas, aunque no sean compartidas por mí. Con ojos de historiador hemos de saludar en José Cascales Muñoz a uno de los varones más interesantes entre los del 98 y a uno de los pocos que, pese a sus turbaciones ideológicas, vieron claro en el borde abismático de los últimos años de la regencia alfonsina. En ocasiones su ingenuidad pintoresca hace asomar sonrisas en los labios del lector; pero siempre a la postre su lectura deja el regusto de un afán de saber, de una honradez intelectual, de una inquisición viva, de un anhelo patriótico y de un atinado apuntar crítico, con los que gana méritos de recordación muy superiores a los de muchos de sus contemporáneos todavía alzados en el falso pedestal de una afortunada suerte periodística, de la que José Cascales Muñoz no logró participar.